

morarme, porque es preciso convenir en que ella dispone del corazón de los hombres como si los tuviera en su mano.

—Ah..... Ah..... advirtieron algunos; eso es demasiado.

—¿Demasiado?..... preguntó; apelo al juicio de los más viejos, y ellos dirán si encontrarían resistencia que oponer á los halagos de la Marquesa.

—Ninguna, dijo el de más edad. La Marquesa es una mujer temible, y ninguno renunciaríamos á la vana satisfacción de poder decir, la he fijado, y mucho menos á que los demás lo dijeran. Ella ha comprendido que su fuerza consiste en no fijarse, y ya lo vemos, no hay quien la fije.

—Exacto; pero.....

—¿Pero qué?..... preguntaron.

—La inconstancia es inconstante, contestó.

—¿Y bien?.....

—¿Quién sabe?..... puede que haya algo.

—Algo hay, algo hay, repitieron todos con tan repentina curiosidad, que la señora de la casa volvió el semblante hácia Alejan-

dro, prestando toda la atención compatible con el natural reposo de su persona.

—Señores, exclamó; yo no sé nada. La Marquesa vive hace un mes en completo retiro, y no soy yo por cierto el mortal afortunado que ha conseguido penetrar su secreto, si hay en ello secreto alguno. Pero la había tomado como término de comparación, y decía: la Marquesa tiene en su mano el corazón, y ahora añado, ó la vanidad, de los hombres. Pues bien; supongo que por un capricho de su misma inconstancia se fija en uno, para hacer, durante algunos días, la novela de un amor inocente y primitivo, un idilio, unas cuantas escenas de Pablo y Virginia. Es un bello episodio de su vida, en que su corazón vuelve por un momento á los quince años, y para convencerse á sí misma de su repentina inocencia, se enamora como una tonta.

—¿De quién?..... preguntaron.

—De uno, de cualquiera; y si es un sér desconocido que aparece de repente en el mundo como una estrella errante en el cielo, mejor. La novela tendrá más interés, los

amores serán más originales y el nombre de la Marquesa correrá de boca en boca, y la moda impondrá á las mujeres más hermosas la obligacion de enamorarse del primer desconocido que encuentren por la calle. El idilio *hará furor* por un mes ó por dos meses; los salones se convertirán en prados y habrá que acudir á los montes de Toledo para surtir de pastores á la nueva Arcadia. La Marquesa puede llevar á cabo esta transformacion, porque tiene en su mano el imperioso cetro de la moda, ante el que se rinden todas las voluntades. Supongamos, pues, que su genio activo é inquieto ha caido en la tentacion de sorprendernos con esta novedad, y que despues de un mes de pastoril recogimiento se nos aparece en sus salones dentro de una hora, haciendo poco más ó ménos el papel de Virginia. Pues bien, la mujer que conquiste á Pablo acaba con la Marquesa. Éste es el momento en que una mujer superior luce su genio..... ésta es la ocasion del gran golpe.

—¿Y quién vence á Virginia?..... dijo uno.

Antes que Alejandro pudiera contestar se alzó una cortina y apareció Mercedes despidiendo una especie de fulgor semejante al de los primeros resplandores de la aurora; si es que no era la aurora misma la que de aquella manera resplandecía.

Todos se pusieron de pié dejando escapar la admiracion que les causaba la criolla, tanto que ella misma se sonrió con particular complacencia, brillando en sus ojos negros un rayo de luz, que iluminó su semblante con vivos reflejos.

Alejandro observó atentamente el rostro de la criolla, animado como nunca, en el que su perspicacia de hombre de mundo creyó advertir señales de que el alma de la niña empezaba á agitarse.

Observó tambien que, sin perder nada de su habitual reposo, habia en el aire de su persona cierta audacia, ménos languidez en sus movimientos, y le pareció más alta, porque estaba más erguida.

La señora de Vegahonda tomó, aunque indolentemente, una parte activa en la admira-

cion general, y deteniendo en su boca entreabierta un nuevo bostezo, dijo:

—Miren, miren á la niña.

Éste fué el momento de la ovacion en que cada uno echó su óvolo en el platillo de las alabanzas, pagando un justo tributo, porque, efectivamente, Mercedes aparecia deslumbradora.

La palabra dió vuelta á toda la circunferencia pasando de una boca á otra en una serie de exclamaciones, que la criolla no oia con la misma indiferencia que otras veces.

—¡Celestial! exclamó el primero.

—¡Divino! añadió el segundo.

—Nada más vaporoso, dijo otro.

El cuarto recogió en una mirada tan deslumbrador conjunto, exclamando:

—¡Oh!..... es de un efecto sorprendente.

Examinó el quinto los pormenores, y dijo:

—Todo está elegido con un gusto exquisito.

Le tocaba su vez á un jóven diplomático, y se inclinó diciendo:

—Señorita, al verla á V. entrar he creido que amanecia.

Alejandro se reservó para el último, y en vez de dirigirse á Mercedes se volvió á los circunstantes, diciéndoles:

—Señores, sostengo lo dicho: eclipsará á la Marquesa.

Habia recibido la criolla una á una todas estas muestras de aprobacion con corteses sonrisas y afables movimientos de cabeza; pero las palabras de Alejandro le hicieron contraer ligeramente los labios y fruncir el entrecejo, bajo el que relampaguearon sus ojos, de la misma manera que en la profundidad de una noche oscura relampaguea el cielo anunciando la tempestad lejana.

Por lo demas, la niña merecia en esta noche cuantas alabanzas le prodigaba el entusiasmo, un tanto sorprendido, de sus amigos. Las doncellas habian estado felices.

Habia en ella efectivamente algo de esa limpia frescura con que rompe el alba las últimas oscuridades de la noche al amanecer de un dia sereno; los pequeños brillantes que aparecian sobre sus cabellos repartidos

en ondas, parecían las últimas estrellas que se desvanecen en las sombras del horizonte en los primeros momentos de la mañana.

Una falda de color de rosa fuerte, que se apagaba ó se encendía según el movimiento de los pliegues y los reflejos de la luz, aparecía y desaparecía debajo de finísimos encajes blancos, formando esa nube, esa primera nube que anuncia la proximidad del día.

La blancura mate de sus hombros desnudos y el contorno suave de sus brazos de niña, resaltaban admirablemente, dejando admirar un talle flexible, pronto á doblarse y pronto á erguirse como la hoja de una espada.

El carmin de sus labios algo gruesos aumentaba la blancura de sus dientes finos y apretados, dando á su boca una expresión particular de osadía y de desden, que las doncellas que más inmediatamente la servían interpretaban siempre como síntoma seguro de que la niña tenía en la cabeza alguna cosa nueva.

Era la hora de la fiesta, y en los salones de la Marquesa empezaría ya á bullir la con-

currencia, y por primera vez de su vida Mercedes tuvo prisa y pidió el coche, que hacia ya media hora que esperaba al pié de la escalera.

—Vamos, mamita, dijo la niña, inclinándose sobre la butaca en que yacía su madre y besándole la frente.

—Vaya, exclamó ésta con su lentitud acostumbrada, mientras las doncellas presentaban los abrigos. Sería curioso que el Duque nos sorprendiera esta noche con su presencia en casa de la Marquesa.

Todos callaron, y Mercedes, dando un paso majestuoso, casi dramático, presentó sus hombros, sobre los que echó Alejandro el abrigo de piel de armiño, que había tomado de manos de la doncella.

—Gracias, dijo la niña.

Alejandro, como si hablara consigo mismo, dejó caer en el oído de Mercedes estas palabras:

—¡Pobre Luisa!.....

Ya estaba de pié la señora de la casa, y el diplomático que había emprendido la conquista de la hija sitiando á la madre, se apre-

suró á ofrecerle el brazo, que la buena señora aceptó con toda la amabilidad que le fué posible.

Ninguno de los otros tuvo tiempo para obtener el de la criolla, porque ésta cogió el de Alejandro y se lanzó fuera de la habitación con una viveza inusitada, de la que no habia ejemplo en la casa ni precedente alguno.

Las doncellas, que la vieron pasar por el recibimiento ocultas detras de una cortina, se miraron despues que hubo pasado, y á un tiempo se dijeron:

— La niña parece otra.

Iban delante Mercedes y Alejandro; detras marchaban lentamente la señora mayor y el diplomático; los restantes seguian en grupo como una escolta.

En el tránsito, desde la habitación de que habian salido hasta el pié de la escalera, en que estaba el coche, se entabló entre Mercedes y Alejandro el diálogo siguiente:

— El Duque es un loco.

— ¿De véras?.....

— Sin duda.

— No comprendo.

— Es un loco, porque se priva de verla á usted esta noche.

— Basta de duque.

— ¿Por qué?

— Porque estoy ya harta de ser duquesa.

— ¿Es V. ambiciosa?

— Mucho.

— ¿Entónces?.....

— Quiero ser más.

— ¿Más?

— Sí.

— Usted será todo lo que quiera.

— Verémos.

— ¿Quién es él?

— El que sea.

— ¿Soy indiscreto?

— No.

El diálogo no pudo pasar adelante, porque llegaron al pié de la escalera, donde el lacayo, sombrero en mano, tenía abierta la portezuela del coche, en el que entró la niña sentando apénas la planta del pié en el estribo; llegó la madre y entró á su vez, y en seguida partió la berlina.

Alejandro ó Matusalem, pues con ambos nombres nos es conocido, hizo por quedarse solo, y envolviéndose bien en su gaban, se fué á pié hácia la casa de la Marquesa, á cuya fiesta estaba tambien invitado.

Habia recibido el billete de invitacion como un cartel de desafío de parte de la Marquesa, y acudia á la cita como un héroe. Antes, sin embargo, habia querido ver á la criolla, por pura curiosidad por supuesto; curiosidad que lo habia dejado satisfecho, pues al llegar á casa de la Marquesa iba diciendo entre dientes:

— Bien..... bien; ha sido una inspiracion; la niña está ya cansada de ser duquesa..... está ofendida de la conducta del Duque y envidiosa de la Marquesa..... Perfectamente; puedo entrar en campaña.

Y en efecto, entró en los salones, suntuoso teatro donde vamos á presenciar las escenas que nos aguardan en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO IV.

La vieja Europa y la vírgen América.

Por lo que vulgarmente llamamos una casualidad, al mismo tiempo que la Marquesa salía de su tocador, Mercedes cruzaba las primeras antesalas, de manera que casi á la vez penetraron ambas en el salon del baile, entrando, como debe colegirse, por puertas distintas, colocadas la una enfrente de la otra en los dos testeros de la sala.

Cada una de ellas apareció en su puerta respectiva, rodeadas ambas de esa córte que sigue siempre á las mujeres que hace notables el lujo ó la hermosura en su tránsito por los salones del gran mundo, y que las acompañan en todas las felicidades, sin duda para adquirir el derecho de volverles la espalda en el día de las desdichas.